

so ya fastidiará por lo larga, aunque ha sido demasiado interesante. ¡Ojalá y en todas partes se reflexionara con atención sobre estas verdades, tal vez algunas familias se librarian del deshonor y la miseria.

Finalizó su discurso el coronel, y después de haber hablado cada uno de los concurrentes un poco sobre lo que quiso, se desbarató la asamblea.

CAPITULO III.

En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado.

Así como no basta que la semilla sea buena para que fructifique si no se siembra en buena tierra, así tampoco aprovechan las mejores máximas morales, si no se reciben en un corazón bien dispuesto. Fácil es concebir que Matilde no solo gustó de la conversacion anterior, sino que se aprovechó de toda ella, como que era naturalmente modesta y enemiga de singularizarse.

No así Eufrosina y sus amigas, que habían estado en un brete durante la plática

de aquellos dos buenos señores, el coronel y el cura.

Inmediatamente que se desbarató la concurrencia y se quedaron solas, comenzaron á murmurar á rienda suelta de los piosos consejeros, sin contenerlas mi presencia; ya se vé que Eufrosina me tenia por un bobon de mas de marca, y á mas de esto le debia yo el buen concepto de que no era chismoso ni enredador; y en esto á la verdad, no se engañaba.

Con esta confianza decia Eufrosina á sus amigas: ¿Qué les parece, niñas? ¿cuándo pensaban venir á mi casa á enojarse ni á convertirse? El pánfilo del Nariguetas nos ha puesto de vuelta y media con sus burlas, y para rematar el cuento el cura y mi cuñado nos han echado tres sermones de lo mejor. Vaya, que han quedado ustedes frescas y convidadas para no volver á semejantes visitas. Yo la verdad estoy demasiado corrida, pero discúlpenme, amigas, que ya ven que no he tenido parte en esto.

No te apures, niña, decia la chatilla de quien se habló en el capítulo primero del primer tomo de esta obrita, no te apures: ¿qué culpa tienes tú de que el maldito Na-

riguetas sea un bufon malcriado, ni de que el cura y tu cuñado sean unos imprudentes, impolíticos, que quieran convertir los estrados en iglesias ó santas escuelas? Déjalos que hablen mas que un loco, que con no hacerles caso se compone.

Ya se vé que sí, decia Eufrosina, ¿pues qué caso habia yo de hacer de sus sermones? Mi hermano los echa bien seguido, y con tanto fervor como el que han oido; pero yo me rio de él y de sus sermones, y le digo que ha errado la vocacion de medio á medio, pues para misionero no tiene precio; pero aunque me burlo de su sencillez en persuadirme que alguna vez he de acomodarme á sus ideas, no dejo de enfadarme de cuando en cuando con su tenacidad.

Yo no puedo negar que lo quiero, pues á mas de que es un buen hombre, al fin es mi cuñado, y basta que quiera tanto á Matilde: ya se vé que ella le ha cogido el lado del morir, porque mi hermana es el amén de cuanto dice su marido. Yo no he visto muger mas zonza ni mas condescendiente. Si D. Rodrigo dice: Sal, sale: si dice: No salgas, no sale: si quiere que se vista así, se viste: si quiere que de otro

modo, tambien; en fin, ella lo obedece con mas puntualidad que una novicia á su prelada; y lo mas célebre es que se conoce que lo hace contenta y no por fuerza. Ya ustedes la conocieron de doncella, y se acuerdan de que era muy alegre, y tan curra como la que mas; y ahora ya la ven hecha una vieja sesentona que apenas sale de casa, y eso vestida como quiera. Toda su diversion es su almohadilla y su clave, y todo su encanto, su hija y su viejo. Yo no sé como Matilde dió tan repentina vuelta.

No te admires, niña, decia Adelaida: si los viejos son el mismo diantre: cera y pabilo vuelven á una pobre muger como la conozcan buena desde el principio. En este caso, los muy pícaros se vuelven unos santos delante de sus mugeres, y á fuerza de sermones y de meterlas en escrúpulos, haciéndolas de todo cargo de conciencia, se salen con cuanto quieren; y así las tienen indecentes, encerradas y hechas unas criadas de honor. No tienen ellas la culpa, sino las bobas que los creen y los obedecen como las niñas á las maestras. ¿No advertiste que cuando predicaba tu cuñado, ni pestañaba Matilde? Pues para que veas qué bien enseñadita la tiene.

Sí, decia Eufrosina, si es mi hermana una pobre tontita: cuanto dice su marido lo crée como si lo dijera un Santo Padre; no envalde él la quiere tanto y está tan contenta con ella, como que no tiene muger, sino una hija que lo obedece al pensamiento. Yo en parte me alegro, porque no lo he visto reñir ni una vez. Deseos tengo de verlos enfadados siquiera un dia, y ya ven ustedes que esto es un milagro, porque casi todas las mugeres andamos á márame y te mataré con nuestros maridos por cualquiera pampiina.

Sí lo es en efecto, decia Rosaura: yo tengo un marido que no lo merezco, porque me quiere en extremo; pero por no dejar de mortificarme, tiene un grandísimo defecto, y es ser mas zeloso que Júdas. ¡Ay, niñas! ya no tengo vida con él: de su sombra se espanta. Siempre he de salir pegada con él hecha llavero: solo acá me deja venir medio sola. Puedes creer, Eufrosinita, que tienes la túnica de Cristo, como dicen; y eso ya ves que no se despega de mí Crisantita, que es mas chismosa el diantre de la muchacha que Barrabás: cuanto pasa y no pasa le cuenta á su papá; con esto, él le tiene mandado que no se

separe de mí para nada; y no soy dueña de resollar, porque ya sabes que los muchachos son angelitos de Dios y testigos del diablo.

¡Ay, niña! pues tienes una pension terrible, decia Eufrosina; pero yo pienso que algo ponderas. No creo que D. Fernando sea tan zeloso como dices. ¿No lo crées? contestaba Rosaura, pues aun no he dicho nada: Si entra un perro en casa, dice que aquel animal tiene dueño, y que alguna vez habrá ido acompañado con él á visitarme: si me asomo al balcon y veo por una parte y por otra, dice que si por allí ha de venir el señor: si estoy triste, piensa que es por otro: si estoy alegre, lo mismo; en fin, yo no puedo hacer nada que no lo enzele: de todo teme, todo lo asusta y de toda desconfia, y con esto me da una vida de los perros.

Sí lo creo, decia Adelaida; pero ¿en dónde dejaremos las mugeres de ser infelices? Mi marido peca por el extremo opuesto: él me permite cuanta libertad quiero, y no se mete conmigo para nada; pero no es porque me estima, sino porque ya se ha enfadado de mí y no me hace caso: y eso ¿por qué? Porque de pocos dias

á esta parte está embelesado con la maldita tuerta de todos mis pecados; pero me la ha de pagar. Sí, jurada se la tengo; no me la ha de ir á penar por vida de Adelaida.—¿Pero qué tuerta es esa que yo no la conozco? decia Eufrosina.—¡A Dios, no la conozco! como á tus manos la conoces. ¿No te acuerdas de aquella que vive por Santo Domingo?—¿Cuál, la Hipólita?—La misma.—Pues, niña, esa no es tuerta. Es un poco turnita; pero le agracia, porque tiene los ojos dormidos, y es una muchacha muy bonita.—Para mí es mas fea que el mismo diablo, decia Adelaida; será porque no la puedo ver.—¿Pero qué motivo tienes para pensar que tu marido la trata? decia Eufrosina, porque D. Felix es muy hombre de bien, y la Hipólita es una muchacha de mucho juicio: yo sé que frecuenta los sacramentos, y dias pasados estaba pretendiendo en las Brígidas.

¿Ya ves todo eso? pues yo sé mi cuento, decia Adelaida: esa es de las que las congen á tientas y las matan callando. Con toda su hipocresía no le parece mal Felix.—¿Pero qué le has visto?—Nada; pero ¿que mas he de ver sino que el otro dia en

el paseo se rompió su coche, y Felix la hizo entrar en el nuestro con su madre, y desde entónces dió en visitarme; ya se vé que no por mí, sino por el caballero: á mí no me acomodó nada semejante visita, y así traté de desterrarla de casa, y lo conseguí muy breve, poniéndole mal modo y no visitándola. Santo remedio: con esto se ha desterrado; pero qué importa si él va á su casa, segun me han dicho.

¿Conque tú no lo sabes, decia Eufrosina, ni los has visto juntos?—No, niña, Dios me libre de ver tal cosa, á pesar de que he hecho ya mis buenas diligencias para cogellos, y nada he podido conseguir.

Pues niña, decia Rosaura, yo pienso que tú pasas mala vida por zelosa, y yo porque me zelan sin motivo. Yo sufro á mi marido, y tengo que sentir con su genio zeloso y endiantrado; pero tú á tí misma no te aguantas tus zelos, y no tienes razon para quitarte la vida; porque esa niña que dices la coroces bien, y sabes que es media parienta de tu esposo, y así el haberle ofrecido tu coche estuvo muy en el orden. No podia haberse excusado, el lance no era para ménos; la política y el parentesco lo estrecharon; y así la verdad,

tú no tienes razon de haberte formado tan mal concepto de esa pobre niña; y sobre todo, déjate de ser zelosa, porque te quitarás la vida en cuatro dias.

Muy bien aconsejado, decia Camila: sin eso quién sabe como una la pasa con su marido, porque los hombres son el diablo. El que no peca por un lado, peca por otro, y nunca tiene una gusto completo. A mí no me vale no meterme con mi marido para nada: yo lo deajo, caiga ó levante, y jamas le digo una palabra. Es verdad que yo, con bien lo diga, nada le he visto, y él hasta ahora me trata muy bien; pero en esto de modas me tiene á pan y naranja: en pocas me deja entrar, y eso tales han de ser ellas. Siempre me predica la santa economía, y apénas le hablo sobre esta ó la otra cosita que se usa y yo quiero, cuando me sale con que esta pobre, que no le alcanza el sueldo, que tenemos hijos, que aquellos gastos son superfluos, que mañá nos hará falta, y todas aquellas disculpas que saben ellos dar cuando no quieren aflojar la plata.

Bien hayas tú que has dado en el punto de la dificultad, decia la chata, la mezquindad y la miseria de muchos maridos,

es la que los hace tan considerados y virtuosos, y los convierte en predicadores y misioneros contra las modas, como al cuñado de Eufrosina, á quien acabamos de oir predicar con tanto fervor.

A mí no me hace fuerza que predique contra el lujo mi cuñado, decia Eufrosina; él es algo mezquinillo, y no tiene mayores proporciones. Lo que sí me incomoda demasiado es que todo viejo, gaste ó no gaste, convenga ó no convenga, ha de declamar contra todos los usos nuevos, sin advertir que lo que se usa no se excusa.

¡Ay, niña! ¿No sabes en qué está eso? decia la chata. Pues no está en otra cosa sino en que como ya pasó su tiempo, todo lo del nuestro les enfada. Menosprecian el mundo, no porque no les gusta, sino porque ya el mundo los abandonó á ellos.

No verás viejo que no haga del santurron, que no predique desengaños y reniegue de las modas y las modistas; pero, ya digo, esto es porque no pueden mas. Saben que no hay muchacha que los apetezca, y mas si son pelados; y así se desquitan hablando mal de lo mismo que quisieran. Arredro vayan los vejancones hipócritas, que ya bien los conozco. Se

parecen á la zorra, que no pudiendo alcanzar las uvas de un parral por diligencias que hizo, fingió una santa conformidad, y se marchó diciendo: *Al cabo estan verdes.*

¡Qué mala eres, chata de mis pecados, qué mala eres! decia Eufrosina: mira que juicio tan temerario has formado de los pobres viejos. Pero despues de todo, es necesario confesar que dices bien, porque yo he conocido unos viejecitos verdes y arriscados como los mozos, que delante de las gentes los he oido predicar contra las modas y abominar á las muchachas compuestas; y á solas los he visto mas enamorados que Cupido. Yo pudiera nombrar uno que otro que á mí misma me han echado mis polvillos de cuando en cuando con bastante empeño, y si los oyeras platicar de la virtud y contra las modas y las mugeres, dirias que era la mera verdad, porque hacen unos consejeros, que hasta ellos mismos lo creen.

Sí, sí lo creo, decia la chatilla, á mí me ha pasado lo mismo, y no de ahora, sino desde doncella. Tú conociste á mi madre (Dios la halla perdonado), y ya te acuerdas que era una señora verdaderamente virtuosa.... ¡Ojalá fuera yo como ella!

Pues, niña, iba á mi casa un maldito viejo de mis pecados, á quien mi madre queria mucho, y lo tenia por un santo, porque todas sus pláticas eran del infierno, de la eternidad, de la gracia y de la virtud. Desde que entraba á visita hasta que salia, todo se le iba en contarnos la vida de S. Alejo. Tenia la cabeza llena de oraciones, jaculatorias, ejemplos y milagros, y todo lo vaciaba á presencia de mi madre; y la buena señora estaba encantada con su D. Ciriaco, que así se llamaba el caballero.

Hablar delante de él de modas, ni por pienso. Todas, decia, que eran invenciones del diablo. No se podia decir en casa, cuando estaba él allí, que nos habian ido á convidar para un baile, aunque fuera á la casa mas honrada, porque al instante le ponía á mi madre tanta cabeza, diciéndole que esas eran unas ocasiones muy próximas para que las niñas doncellas perdiesen el recato y el pudor: que en los mejores bailes no faltaban jóvenes libertinos que inquietasen á las niñas: que rara bailadora se lograba: que la demasiada frecuencia á tales diversiones era causa de la deshonra de las casas, y de que se hablase mal de las niñas: que allí aprendian en una noche lo

que habian ignorado en su casa toda la vida: que las madres de familia que llevaban á sus hijas á los bailes, sabiendo lo que son y lo que sucede en ellos, no podian estar excusadas de pecado mortal, siquiera porque las exponian al peligro; y que el que ama el peligro, en él perece; y así que si no queria arder para siempre en los infiernos, que tomara su consejo y no me llevara.

Mi madre, que habia menester poco, porque era una santa, y si me llevaba alguna vez á un baile, era solo á ver bailar y sin despegarse de mí para nada, y eso porque no la tuvieran por desatenta; luego que oia al viejo condenado, resolvia no llevarme, y se disculpaba lo mejor que podia. Con esto me quedaba yo echando sapos y culebras contra el entremetido consejero, y muchas veces estuve por decirle á mi madre lo que pasaba; y si no lo hice fué porque temí que no me creyera, y me echara un buen regaño.

¿Pues qué te sucedió, niña? decia Camila; porque ciertamente que mirándolo despacio, el señor D. Ciriaco decia el Credo, y no podia ménos sino ser un hombre muy cristiano y muy arreglado.

No era sino un pícaro muy hipócrita, decia la chata: como mi madre estaba alucinada, y no solo lo tenia por hombre de bien, sino por un hombre ejemplar, le permitia la entrada franca en mi casa, y muchas veces me dejaba sola con él en el estrado, cuando tenia que hacer en otra pieza; y entónces se descocia el perro viejo á su salvo.

Primero me empezó á enamorar con las majaderias del tiempo antiguo, dándome muchas perlas, diamantes y rubies.... ¡Hola! dijo Eufrosina: esas no son majaderias, sino un bello modo de enamorar. Si yo hubiera tenido un pretendiente tan rico, sin duda no me caso con Langaruto; porque, mi alma, dádivas quebrantan peñas. Tú fuiste una tonta en no haberlo admitido mas que fuera mas viejo que la sarna.

No, no fuí tonta en eso, sino muy hábil, respondió la chata tendiéndose de risa: pues ¿qué piensas que las perlas y los diamantes que me daba, eran engastados en oro ó plata en algunas halajitas? No, hermana, me las daba envueltas en papel.... Entiéndelo de una vez; me las daba en verso, y no solo eso, sino soles y estrellas á

millares. Ya verás y qué rica estaria yo con semejantes preseas; pero en fin, este fué su primer ensayo.

Yo lo desprecié como era justo; y viendo él que no me alucinaba con tonteras, apeló á los cariños y ternezas. Si tú lo vieras suspirar y llorar en mi presencia, hincarse delante de mí y querer besarme los piés como si fuera santa, levantarse de repente desesperado, jurar, votar, renegar, y darse de bofetadas, hubieras echado las tripas de risa; porque no hay rato mas divertido que ver á un viejo verde enamorado y despreciado delante de la muchacha que lo burla. Vaya, si estos viejos supieran el ridiculísimo papel que hacen en semejantes lances, y la mofa que hacemos de ellos, sin duda que no se meterian á enamorar.

Yo le decia á este abulo mil claridades; pero él las escuchaba como si fueran requiebros. Es gana, le dije muchas veces: V. se cansa, y pierde el tiempo. No quiero á V., no lo quiero. Yo soy muchacha, y si me caso, ó quiero á alguno, será algun muchacho como yo; no á un tata señor que me espante con su tos. Ya V. es muy viejo y muy baboso, ya tiene un pié

aquí y otro en la sepultura: piense V. en rezar, y en encomendarse á Dios, pues está V. mas para la otra vida que para esta. Váyase V. noramala, ya se lo he dicho.

Todas estas boberas y mas, le decia yo cada rato; pero no me valia: yo no he visto viejo mas sinvergüenza. Él viendo que no podia conquistar mi corazon con sus versos y faramallas, se valió de otro arbitrio para seducirme; pero ¡qué arbitrio, niñas! el mas soez, desvergonzado é inicuo que se pudiera imaginar. Ya soy muger casada, y todavia me avergüenzo de acordarme. ¡Qué bien dicen, que los viejos libertinos y relajados son mas indignos que los mozos!

¡Pues cual fué ese arbitrio, niña, preguntó Eufrosina, que yo creo que seria terrible, pues te pones colorada al acordarte? Con razon, contestó la chata: si era de los mas atrevidos. Pues vean ustedes que no pudiendo conseguir nada de mí, como he dicho, trató de provocarme contándome los cuentos mas obscenos que se pueden imaginar, leyéndome unos versos dictados por el mismo Asmodeo, y propasándose á hacer en mi presencia algu-

nas acciones tan feas, que yo no quiero ni acordarme.

¡Ay, niña! dijo Rosaura: esa era una grandísima picardía. Yo creo que eso lo hacia cuando estabas sola con él; pero ¿por qué no lo dejabas con la palabra en la boca, y te ibas adonde estaba tu madre? —Porque mi madre me hubiera regañado, diciéndome que no fuera malcriada, ni dejara sola la visita.—¿Pero por qué no le decias lo que pasaba?—Porque no lo hubiera creído.—¿Y por qué no le decias que te espicara, y escuchara al viejo cuando te quedabas sola con él?—Porque el viejo era muy malicioso, y solo me hablaba de esto cuando estaba bien seguro de que mi madre estaba en parte desde donde no lo podia escuchar.—Pero yo, en ese caso, hubiera procurado tener alguna compañía á mi lado.—Cuando podia, lo hacia así; pero no siempre habia esa proporcion, porque mi familia era muy corta. No se cansen, niñas: el viejo era muy malicioso, y mi madre muy cándida. Ahora conozco que es verdad que no conviene que las madres sean tan buenas, esto es, tan sencillas y confiadas, porque cualquiera las engaña.

Bien que, por otra parte, yo no culpo á la pobrecita de mi madre: porque ¿quién no se hubiera engañado con la hipocresía del santurron maldito? La inocente señora, que en paz descansa y mis palabras no le ofendan, solia decirme algunas veces: Hija, ¡qué bueno es el señor D. Ciriaco! toma sus consejos, mira que de estos hombres ya no hay muchos. Cuando yo lo veo sentado platicando contigo, me parece que estoy oyendo á tu difunto padre, y suelo decir entre mi: Ahora en mi casa está la virtud en el estrado. Así se explicaba mi madre.

Consideren ustedes cómo no estaria aturdida, ni cómo yo era capaz de haberla persuadido á que aquel viejo era mi constante y lascivo seductor, cuando muchas veces estaba él diciéndome cosas que por no oirlas hasta me tapaba las orejas; entraba mi madre á ese tiempo, y el perro viejo, al instante bajaba los ojos, mudaba de tono y enredaba la conversacion con ella de este modo: ¿No es verdad, señora, que le digo bien á esta niña, que no hay cosa como el pudor y la honestidad en las doncellas, porque así se hacen amables de todo el mundo, y par-

ticamente de Dios, que es á quien debamos agradar sobre todas las cosas? Pues, porque en todas partes está, y ve hasta nuestros mas escondidos pensamientos.

Otras veces decia: Le digo á esta niña que sea muy recatada con los hombres, y muy devota de S. Luis Gonzaga, para que el santo le alcance la castidad, que es una virtud angelical. Yo le traeré una semanita del santo para que la rece y se le encomiende muy deveras. ¡Ojalá yo viera á mi Vicentita (á mí) de monja! Pero Dios hará lo que convenga.

Así engañaba este malvado á mi madre; y en fuerza de este engaño, ¿qué efecto habia de haber hecho en su corazon ningun aviso mio? El que hizo al fin, y fué el caso, que un dia de los que él sabia aprovechar sacó un papel y me empezó á leer unos versos endemoniados de puercos. No me pude contener, y le dije: Viejo maldito, hipocriton, deshonesto, ó se calla V. la boca, ó le voy á avisar á mi mamá de todo lo que me pasa con V. Esta amenaza que debia haberlo enfrenado, lo desesperó, ó quién sabe qué le sucedió, pues levantándose de su asiento, se acercó á mi, y cogiéndome la cara, me iba á dar un beso;

Pero no fué él tan pronto en intentar su llaneza, cuanto yo en plantarle una buena bofetada.

¡Qué bien hiciste! dijo Eufrosina. Cuando una muger no da margen á que le pierdan el respeto, y tiene guardadas las espaldas contra una villanía, en la mano tiene el freno para contener á semejantes brutos desbocados! ¿Y en que pató este lance?

¿En qué habia de parar? en tragedia. El viejo condenado se volvió un veneno con mi cariño, y enfurecido comenzó á levantar la voz y á maltratarme, llamándome mocosa, atrevida, insolente y qué sé yo, al tiempo que mi mamá entró á la sala y lo halló temblando y con el papel en la mano. ¡Qué es eso, D. Ciriaco? le dijo, ¿qué ha sucedido? ¿Qué ha de suceder, señora, dijo el viejo, qué ha de suceder, lo que le tengo á V. dicho muchas veces. ¡No se lo he dicho á V., no se lo he dicho, que á las muchachas de estos tiempos es menester tenerlas en un puño porque son la deshonor de las madres? Pues eso es lo que ha sucedido. Mire V. qué papel tan escandaloso le he hallado á su niña en la almohadilla. Si teniendo V. tanto cuida-

do con ella, admite esos paneles, que no los admitiera la ramera mas pública de Mégico, ¿qué fuera si V. se descuidara con ella? Siento decirlo; pero ya me parece que á la hora de esta su niña de V. perdió todo lo que tenia que perder. En fin, lea V. el papel y haga lo que quiera, que es su madre, y quien ha de dar cuenta á Dios de ella. Diciendo esto, dió el papel á mi madre, y se marchó para la calle.

Mi mamá tomó el papel, y mientras se puso los anteojos para leerlos, pensaba yo en huir ó disculparme; pero á nada me resolví; y así me quedé como una estatua, temblando mas de cólera que de susto.

Apénas leyó el primer verso, cuando escandalizada y llena de enojo, rompió el papel, me afianzó de los cabellos, me tiró al suelo, y me dió tal tarea de golpes y patadas, que si las criadas no me defienden, me mata allí mismo sin remedio.

Ya yo libre de sus manos, me disculpé como era natural, y le conté cuanto me habia pasado con el viejo. Esto, léjos de serenarla, la irritó de tal modo, que si he estado sola, me vuelve á dar otra tanda de bofetadas. ¿Eso mas? me decia; ¿eso mas, grandísima puerca? tambien eres ha-

bladora y deslenguada? ¿no te basta ser una cuzca disoluta, sino que quieres echar la culpa de tus liviandades y picardias á un hombre tan virtuoso y tan honrado? ¿qué dieras grandísima, perra, por parecerte á la suela de un zapato viejo del señor D. Ciriaco? Pero anda, hija vil y deshonesta, que no me has de volver á poner á otra vergüenza. Has de acabar tus dias en San Lucas (*) ó en la Casa de Pobres.

Consideren ustedes cómo me quedaria yo en este lance, viéndome golpeada y aborrecida de mi madre, y al mismo tiempo con mi honor en opiniones entre las criadas, pues mi madre en lo mas vivo de su cólera se produjo indiscretamente con peores expresiones que las que he dicho.

Yo temia que cumpliera su palabra, porque era muy resuelta, y que de la noche á la mañana me pusiera en unas recogidas; pero ya no sentia yo tanto tan injusto castigo, sino que se quedara riendo el maldito viejo.

¿Y se quedó? preguntó Camila. ¿Cuánse habia de quedar? dijo la chata. Yo me vengué de un modo muy bonito, y fué es-

(*) Casa de correccion de mugeres.